

dignó entonces decirle estas palabras: «No tendrías sobre mí poder alguno, si no te hubiera sido dado de lo alto». Esta frase causó á Pilatos viva impresión. Y «desde este momento,» advierte San Juan, fuese temor religioso, fuese convicción de su inocencia, «Pilatos trata de salvarle.»

Mas la multitud empezaba á exaltarse. Era evidente que tanta debilidad la había envalentonado y que no consentiría en dejar escapar su presa. Por otra parte, los príncipes de los sacerdotes conocían que había llegado el momento de hacer el postrer esfuerzo. De repente, por impulso de ellos, salió un grito de la multitud: «Si libras á este hombre, no eres amigo del César».

Cada palabra de este memorable proceso es de importancia inmensa. En él se ven el juego de todas las pasiones: ahora se quiere intimidar al funcionario público haciendo sospechosa su fidelidad al emperador, y manifestándole que si no quiere perder á aquel hombre, puede él perder el empleo. Así presentan una acusación de lesa majestad, crimen irremisible ante Tiberio. Este era el golpe. Por esto los príncipes de los sacerdotes lo habían guardado para el último. Pilatos no replicó. La imagen de Tiberio cruzó ante sus ojos, bajó la cabeza, y su débil conciencia cedió ante aquellas palabras. Sentándose en su tribunal, presentó á Jesús á los judíos, diciéndoles: «He aquí vuestro rey». Mas ellos gritaban: «¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícale!» Antes de ceder, y para vengarse de la bajeza á que se le condena, Pilatos introduce otra vez el puñal en la herida, diciendo: «¿Crucificaré á vuestro rey?» — «No tenemos más rey que el César», contestaron los príncipes de los sacerdotes.

El tumulto iba en aumento, y Pilatos se decidió; no sé por qué escrúpulo de conciencia hace que le traigan agua, se lava las manos á la vista del pueblo y clama en alta voz: «Soy inocente de la sangre de este justo, y vosotros responderéis de ella.»

Lava tus manos, Pilatos; ¡tintas están de sangre inocente! Hasla derramado por debilidad, y no eres menos culpable que si la hubiesees sacrificado por malicia. Las generaciones han conservado hasta nosotros esta expresión: El justo padeció bajo el poder de Poncio Pilatos: *Passus est sub Pontio Pilatos*.

Todo el pueblo se lanza sobre Jesús, se apodera de él, para llevarle al suplicio, y, poniéndose en marcha hacia el Calvario, no se oye más que un grito en la multitud: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

¡Así termina este drama, el más grande que ha existido! ¡Así succumbió la augusta víctima! ¡Cuán distante de las encantadoras orillas

de Genesaret, de las entusiasmadas multitudes que estaban pendientes de sus labios, del tropel de enfermos que tan hermoso cortejo le hacían! ¿En dónde están todos aquellos á quienes curó? Dificilmente se hallará en este momento, á su lado, un grupo de algunas mujeres llorando. Derramó á manos llenas la luz, la caridad, la compasión; hizo que á su espalda se levantase la sospecha, la calumnia, la traición, la ingratitud. Bienhechor incansable, perecerá aplastado bajo el peso mismo de los beneficios. Santo, habiendo practicado la virtud como nadie la practicará jamás, ve levantarse contra él la conjuración de todas las pasiones. Es justo: que suba pues al calvario en medio de su dulce y tranquila majestad, escoltado por la hipocresía de unos, la cobardía de otros, la cueldad de éstos y el abandono de todos.

Al relatar el abandono de Jesús al furor de los judíos para que le crucificasen, escribe el abate Mislín: «¡Ah! me arrodillé en el sitio mismo en que se dió esta inicua sentencia: rodeado en las ruinas del Pretorio y del palacio de Herodes, recordaba el castigo y la desesperación de Herodes y de Pilatos; veía el templo de Salomón destruído y en cuyo lugar se alzaba una mezquita; todo ha desaparecido, el pueblo judío, los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los senadores y los doctores de la ley; ya no hay altar, tribu, ni sacrificador; *la sangre del justo ha caído* de una manera terrible sobre ese pueblo culpable, disperso actualmente entre las naciones y entregado á su desprecio, en tanto que en toda la tierra se han levantado templos al *Hijo del hombre* á quien ellos condenaron á muerte tan ignominiosamente, y me preguntaba: ¿como es posible que á imitación del centurión del Evangelio no digan todavía: *¿Verdaderamente este era el Hijo de Dios?*»

IV

Concluída la *Via de la Cautividad*, empieza Jesús su *Via dolorosa*. Dase este nombre al camino que recorrió el Salvador del mundo, al trasladarse de la casa de Pilatos al Calvario.

El camino que desde el Pretorio iba hasta el lugar del suplicio era bastante largo, ¡camino que la humanidad ha regado después con sus lágrimas! Téngase en cuenta, ante todo, que la ciudad ha experimentado de entonces acá tantos trastornos y han sido tantas las demoliciones y reconstrucciones sucesivas, que en muchos puntos no está el suelo actual al nivel que en aquel tiempo tenía.

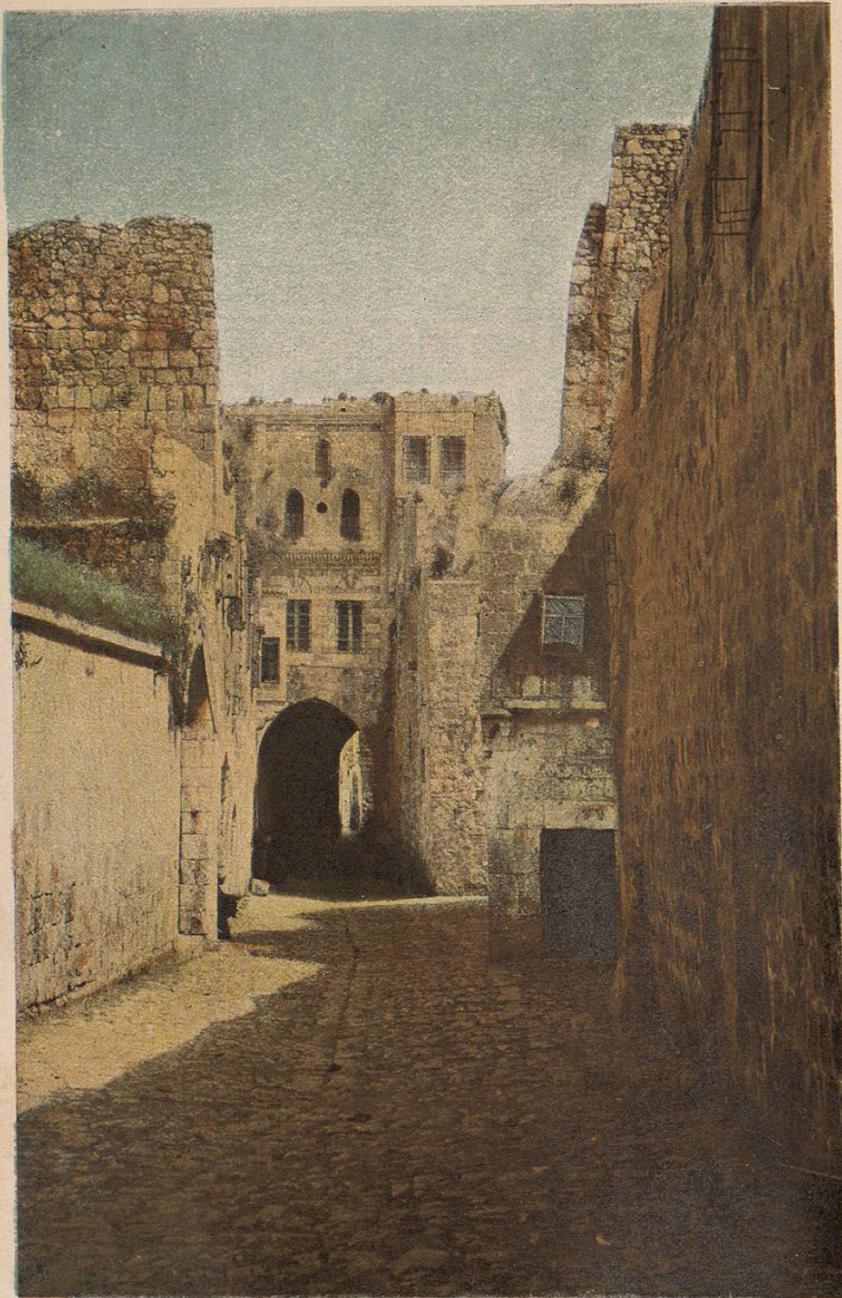
Jesús, al salir del Pretorio, llevaba una cruz, realizando la figura de

Abel conducido por su hermano al campo donde debía matarle, la figura de Isaac cargado con la leña del sacrificio, la figura de José y su túnica teñida en sangre. Al mismo tiempo con aquello se cumplía una de las profecías de gloria concernientes al Mesías : « Llevará sobre sus hombros el signo de su poder ».

La triste comitiva, compuesta de soldados de la cohorte romana, de los porteros del templo, de los escribas y de una multitud innumerable de gente del pueblo, pasó por el arco en que después de la Flagelación había sido presentado Jesús al pueblo. La calle, de doscientos pies de largo, forma declive y sigue hasta encontrarse con la que viene de la puerta de Damasco, antiguamente de Efraim. A la cabeza de la comitiva un agente subalterno del Pretorio llevaba la inscripción sobre madera blanca que debía fijarse sobre la cruz, y en la cual Pilatos, para vengarse de la contrariedad que le hacía sufrir aquel pueblo terco, había escrito : *Jesus Nazarenus rex Judeorum*. Amarga burla por la cual se creían ofendidos los príncipes de los sacerdotes. Mas á todas sus reclamaciones había respondido con la dignidad de un hombre que, pasado el peligro, recobra toda su firmeza : « Lo escrito, escrito está ». San Juan y San Lucas advierten que aquella inscripción estaba en tres lenguas : en hebreo, en griego y en latín. ¡ Jesús, en lo más profundo de su abatimiento, era proclamado rey en la lengua de los tres más grandes pueblos del universo ! Dos criminales, olvidados en las prisiones del Pretorio, y traídos allí para acabar de deshonrar á Jesús confundiéndole con viles malvados, iban delante llevando su cruz. En otra profecía estaba escrito : « Fué puesto entre dos malhechores ».

A la izquierda de la calle, bajando, está el sitio donde la Santísima Virgen, que durante aquella cruel mañana había permanecido en las inmediaciones del Pretorio y anhelaba ver á su hijo por última vez, se colocó en paraje donde él debía pasar y cayó medio desmayada.

Nada más imponente que este encuentro. El Evangelio no lo menciona ; pero merece una fe general por la autoridad de los Santos Padres. San Bonifacio dice que la Virgen cayó como medio muerta, y que no pudo pronunciar una sola palabra : *Nec verbum dicere potuit*. San Anselmo asegura que Jesucristo la saludó con estas palabras : *Salve, Mater*. Como la Virgen fué al Calvario, la relación de estos Padres es muy probable ; la fe no se opone á estas tradiciones, que muestran hasta qué punto está grabada en la memoria de los hombres la maravillosa y sublime historia de la Pasión. El transcurso de casi diez y nueve siglos, interminables persecuciones, revoluciones incesantes y



A. Serriá, dib.

JERUSALÉN.—CASA DEL RICO AVARIENTO Y VÍA DOLOROSA

V. Labiella, S. c.

Salvador Ribas, Editor

... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...

... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...

... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...

... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...

... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...
 ... y se fue a su casa...

ruinas siempre crecientes no han podido borrar ú ocultar las huellas de una madre que fué á llorar á su hijo.

En los primeros siglos elevóse en el sitio de este encuentro una iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores, cuya custodia estaba confiada á una comunidad de Religiosos.

En la misma calle estuvo edificada la casa del rico avariento y también la de Lázaro. «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, refiere San Lucas, y daba cada día espléndidos convites; y había también allí un mendigo llamado Lázaro que, lleno de llagas, yacía á la puerta de la casa del rico con la esperanza de apagar su hambre con las migajas de su mesa; pero no encontró quien se las diese, y únicamente los perros salían á lamer sus llagas. Ahora bien, aconteció que al morir el pobre fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; murió también el rico, y fué sepultado en el infierno».

La historia de Lázaro y del rico avariento, más que como una parábola debe ser tenida como un hecho real. Los judíos nos han conservado el nombre del que tan mal uso hacía de su opulencia y le llaman Nabal.

Jesús continuaba llevando sobre su espalda el instrumento de su suplicio. Así lo quería la ley. Mas lo delicado de su constitución, la noche angustiosa que había pasado, los malos tratamientos y la odiosa Flagelación que había sufrido, quizás la agonía en que se hallaba sumida su alma al pensar, no en su muerte, sino en los crímenes de todo género que iban á causársela, no le permitían soportar aquel peso. Agotadas sus fuerzas, exánime y casi sin aliento, vacilaba bajo su carga. Al extremo de la calle, sucumbiendo al peso de la Cruz, el Salvador cayó por vez primera. Una columna de mármol encarnado ha señalado este sitio á la devoción de los fieles.

Los soldados debieron pararse y pedir una ayuda. En aquel momento cruzaba por la calle un hombre que volvía del campo. Le detuvieron, imponiéndole el servicio de ayudar á Jesús á que llevase la Cruz. Llamábase Simón y era de Cirene, capital de la Libia. Simón significa *obediente*, y Cirene *heredero*, y por eso Simón es la figura del pueblo idólatra, antes extraño y ahora heredero por su obediencia. En vez del judío que se había hecho indigno, Simón tomó sobre sí la gloriosa ignominia. Las cosas de que Simón fué testigo durante el trayecto, aquella tranquilidad santa, aquella tierna compasión, aquel olvido de sí mismo y aquel ardiente amor grabado en la frente de Jesús, le unieron á él irrevocablemente. Llegó á ser famoso, en la Iglesia primitiva, por su ardiente fe.



A. Serió, dib.

V. Labi'le, S. c.

JERUSALÉN.—CASA DEL RICO AVARIENTO Y VÍA DOLOROSA

Salvador Ribas, Editor

A la derecha se sube por una calle cuyo ascenso es bastante áspero. Los cristianos han hecho en otro punto una señal para indicar el sitio en que Jesús cayó por segunda vez. El cortejo se acercaba al lugar del suplicio. En torno de Jesús la multitud se apiñaba cada vez más numerosa, aquella multitud horrible é implacable que se ve en torno de todas las ejecuciones. Sin embargo, no faltaba allí la piedad. Un grupo de mujeres seguía al Salvador y se compadecían de sus sufrimientos. Una de ellas se acercó valerosamente hacia él y enjugó su rostro bañado en sudor y en sangre. Las facciones de la angusta Víctima quedaron grabadas en el velo consolador, que se venera en San Pedro de Roma con el nombre de *Volto Santo*.

Hacia la mitad de la calle se ve el lugar en que estaba la casa de aquella animosa mujer. El edificio existente en la actualidad sobre aquel solar, tiene una puerta muy baja que da á la calle, y un fragmento de columna en el empedrado. El primer nombre de aquella piadosa mujer era Seraphia, según unos, y según otros Berenice; mas su caridad para con el Salvador debía granjearle el de Verónica, formado de *vera é icon*, verdadera imagen, por la transposición de dos letras; estos cambios han sido muy frecuentes en los idiomas antiguos.

Al notar el Salvador aquella multitud de mujeres que le seguían llorando, se conmovió; volvióse á ellas y les dijo: «No lloréis por mí, sino por vosotros y por vuestros hijos; porque llegará tiempo en que se dirá: ¡ Dichosas las mujeres que no tienen hijos y aquéllas que no han amamantado! »

Después de haber andado cien pasos se halla la puerta llamada Judicaria, de la que se conservan aún vestigios; por ella salían los sentenciados á muerte. Esta puerta está tapiada hasta la mitad de su elevación; y empotrada en la parte de detrás, á pocos metros de altura, se descubre un trozo de columna de piedra, en la que, según tradición, se fijó el decreto de Pilatos con la sentencia de Jesucristo.

He aquí, según una tradición antiquísima, en qué términos fué concebido el decreto del Procurador: «*Jesum Nazarenum, seductorem gentis, contemptorem Caesaris, et falsum Messiam, ut majorem suae gentis testimonio probatum est, ducite ad communis supplicii locum; et cum ludibriis regiae magestatis in medio duorum latronum crucifigite. Y, lictor, expedi cruces*». Conducid al acostumbrado sitio de los suplicios á Jesús Nazareno, seductor del pueblo, que ha despreciado la autoridad del César, arrogándose falsamente el nombre de Mesías, como se ha probado con el testimonio de los ancianos de su nación; crucificadle

entre dos ladrones con el título irrisorio de rey. Vete, lictor, prepara las cruces».

La puerta Judicaria es propiamente el Calvario, en hebreo *Golgotha*, ó lugar de cráneos. Este espacio, hoy comprendido en el casco de la Ciudad, está cubierto de casas, por cuya razón hay que dar un rodeo para seguir el recto de la *Via Dolorosa*.

Según una tradición antiquísima, Adán, el primer pecador, fué sepultado en el Calvario y el Calvario era el lugar de las ejecuciones capitales. Nada debió faltar á la injuria del suplicio que el Hijo de Dios quiso sufrir para rescatar al mundo, y toda la infamia que se daba al sitio del Calvario no podía compararse á la infamia de los hombres. El Calvario era, pues, el punto de las ejecuciones capitales, y Jesús murió en él; pero San Juan Crisóstomo da sobre eso, y entre otras, una razón que los incrédulos ignoran y que los renegados olvidan: «El Señor, dice, no quiso sufrir en el templo ni en otro lugar, á fin de que no creyéramos que sólo había muerto por el pueblo judío, y sufrió fuera de la Ciudad, más allá de sus muros, á fin de que supiéramos que era un sacrificio para todos, que es la oblación de todo el mundo y la purificación del género humano».

Algunas de las piadosas mujeres que acompañaban al Salvador y se compadecían de sus sufrimientos llevaban consigo un brebaje amargo, que era un vino mezclado con hiel, el cual, embotando los sentidos del reo, aplacaba sus postreros dolores, pues los adormecía obrando á manera de opio. La ley había autorizado esta invención de la caridad, y las damas judías de más elevada condición tenían como honroso el preparar aquel brebaje calmante, y llevárselo ellas mismas al reo.

Al llegar Jesús á la cumbre del Gólgota, presentáronle una copa llena; Jesús acercó sus labios, mas no quiso beberlo. Al pasar por aquella amargura, expiaba las intemperancias de los hombres, y cumplía las profecías; al negarse á beber rechazaba el alivio artificial, mostrando que conocía la amargura del pecado, puesto que sufría su pena, aunque sin haber recibido su veneno; no quiso beber, para que nada contribuyese á suavizar la duración y el horror de su suplicio.

Este suplicio no era la lapidación prescrita en la ley para los crímenes religiosos, ni la espada señalada por el derecho romano para los crímenes políticos. Opuestamente á toda justicia, los fariseos habían obtenido de Pilatos que fuese la cruz, suplicio innoble y afrentoso, reservado á los criminales de baja estofa; Querían deshorrar la víctima antes de darle muerte!

Dios había permitido que un poco antes del Gólgota, el más grande